

Semana del 11 al 17 de Febrero de 2018. DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

“El que cree en Cristo, como vencedor del mal, nunca desaprovechará el paso del Señor”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Lev 13,1-2.44-46: “El leproso vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento”

Salmo: 31,1-2.5.11: “Tú eres mi refugio; me rodeas de cantos de liberación”

2ª Lectura: 1Cor 10,31-11,1: “Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo”

Evangelio: Mc 1,40-45: “La lepra se le quitó y quedó limpio”

Del Santo Evangelio según San Marcos (Mc 1,40-45)

+++ Gloria a Ti, Señor.

Se le acercó un leproso, que se arrodilló ante él y le suplicó: *“Si tú quieres, puedes limpiarme.”* Sintiendo compasión, Jesús extendió la mano y lo tocó diciendo: *“Quiero, queda limpio.”* Al instante se le quitó la lepra y quedó sano. Entonces Jesús lo despidió, pero le ordenó enérgicamente: *“No cuentes esto a nadie, pero vete y preséntate al sacerdote, y haz por tu purificación la ofrenda que ordena la Ley de Moisés, pues tú tienes que hacer tu declaración.”* Pero el hombre, en cuanto se fue, empezó a hablar y a divulgar lo ocurrido, de tal manera que Jesús ya no podía entrar públicamente en el pueblo; tenía que andar por las afueras, en lugares solitarios. Pero la gente venía a él de todas partes.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Para comprender mejor no sólo este pasaje del Evangelio, sino toda la Liturgia del domingo, es necesario recordar que, en la mentalidad del pueblo judío de aquel tiempo, todas las enfermedades eran consideradas como una *“maldición de Dios”*, como un castigo por los pecados: los propios pecados, si la dolencia se había contraído a lo largo de la vida, o los pecados de los antecesores –padres, abuelos, etcétera-, si se trataba de una enfermedad de nacimiento...

Desde esa perspectiva, y según aquel modo de pensar, cuanto más grave fuese la enfermedad, mayor se creía que habría sido el pecado o los pecados cometidos, ya sea por el propio enfermo o por sus antepasados, según fuese el caso.

Como sabremos, la lepra no era una enfermedad de naturaleza congénita, sino que había de ser adquirida a través de la vida, y por lo tanto, se le cargaba toda la culpa directamente al enfermo. Así las cosas, un leproso era considerado directamente un terrible pecador, de tal manera que, a los espantosos tormentos físicos que los pobres enfermos debían sufrir, venían a sumarse la reprobación y la condena de parte de todo el mundo.

Además de esto, por una cuestión de “profilaxis” social, es decir, para evitar los contagios masivos, la Ley establecía que los leprosos debían vivir marginados, vestir harapientos y con la cara medio tapada y gritando: *“¡Estoy contaminado! ¡Soy impuro!”*, tal cual se establecía en el Libro del Levítico (Cfr. 13,44-46). De manera que todos pudieran enterarse desde lejos que había un leproso, y así poder huir a tiempo, para no contagiarse.

Hoy todo esto nos horroriza de sólo pensarlo, pero debemos comprender que en aquel tiempo había que optar por “el mal menor”... Era eso, o tener, en poco tiempo, a toda la población hebrea contagiada, y potencialmente aniquilada en medio del desierto (recordemos que la Ley se escribió durante el éxodo desde Egipto a Canaá).

El libro del Levítico, entre los Capítulos 13 y 14, establece una serie de descripciones y disposiciones, sobre cómo debía procederse al detectar la enfermedad, pero el Señor también habló a Moisés y al sumo sacerdote, Aarón, sobre la forma en la que debía procederse, cuando Dios mismo dispusiese la sanación de un enfermo de lepra.

Por eso es que Jesús le dice al leproso, hacia el final de este pasaje evangélico, que se presente ante el sacerdote para “hacer la declaración” (y luego cumplir con los “sacrificios rituales” que disponía la Ley de Moisés, como agradecimiento a Dios por haberle restaurado la salud).

Ahora vayamos a algunas de las reflexiones que podemos extraer de este pasaje del Evangelio: Analicemos, en primer lugar, la actitud con la cual el leproso se acerca a Jesús. La Escritura nos dice **“se arrodilló ante él y le suplicó: ‘Si tú quieres, puedes limpiarme’.”**

La profunda humildad y la fe que demuestran a la vez el hecho de que él se arrodillara ante Jesús, y el tono de su súplica, deben ser suficientes para imaginar hasta qué punto se habrá conmovido el Señor al verlo. En esas pocas palabras el leproso le dice todo: *“Yo sé que Tú tienes el poder para hacer lo imposible. ¡Yo creo de verdad en Ti, y en esa fe baso mi esperanza! Por eso te suplico que tengas misericordia y compasión de mí.”*

¡Apídate Señor de este hombre que, arruinado, llega hasta tus pies para rogarte clemencia!”

La respuesta de Jesús no podía ser otra que el concederle lo que este hombre le pedía, como sucedió también con la mujer

cananea que una vez, suplicando la sanación y la liberación de su hija, lo conmovió diciéndole **“también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.”** Él le respondió: *“Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla tu deseo.”* Y en ese momento su hija quedó sana. (Mt 15,27-28).

Aquí obtenemos la primera enseñanza práctica del pasaje que nos tocó releer hoy: Jesús siempre atiende las súplicas realizadas con humildad y con fe. *“La misericordia es lo propio de Dios”,* decía Santo Tomás de Aquino, y esa misericordia se manifiesta plenamente en Jesucristo, todas las veces que se encuentra con el sufrimiento humano.

En efecto, son muchas las ocasiones en que los evangelistas señalan los sentimientos de misericordia del Corazón de Jesús, cuando se halla con la desgracia y el sufrimiento, ante los que nunca pasa de largo.

Ejemplos de ello son los pasajes que nos hablan de la viuda de Naín, a quien le resucita a su hijo (Lucas 7,11-17); las gentes que estaban como ovejas sin pastor, con quienes se queda, a pesar de su propio cansancio y abatimiento, por la muerte de Juan Bautista (Mateo, 9,36); la multiplicación de los panes y los peces, para alimentar a la muchedumbre hambrienta (Marcos 8,2); el ciego al que le devolvió la vista (Mateo 18,27), y tantos otros...

El mensaje con el que la Iglesia sintetiza la enseñanza de la Liturgia de este domingo nos dice: **“El que cree en Cristo, como vencedor del mal, nunca desaprovechará el paso del Señor”**, por eso cabe preguntarse ahora de qué manera estamos aprovechando nosotros al Cristo que pasa hoy por nuestro lado.

En una de las catequesis, de hace algunos años, decíamos que a nosotros nos toca hoy combatir **“la lepra espiritual”** (la lepra de la indiferencia hacia el pecado, la lepra del desamor al prójimo y del excesivo amor a uno mismo, la lepra del personalismo, de la manipulación, del aprovecharse de las situaciones poco claras, para sacar provecho propio, etcétera...) Esa lepra espiritual, que nos cubre como fruto de este mundo, pero que puede limpiarse, incluso sin dejar rastros, cuando hacemos un sincero examen de conciencia, miramos el rostro bendito de Jesús, que nos abre los brazos, sonriente, en cada Confesión y en cada Eucaristía. Esa lepra se cura con LA COMUNIÓN, con la unión común a los hermanos, en perfecto amor y sin dobleces.

Todos tenemos algún mal por combatir, sea en el cuerpo, en la mente o en el alma, y el mensaje del Evangelio hoy nos recuerda que acercándonos a Jesús, **con verdadera humildad y profunda fe, con un corazón contrito, arrepentido de verdad y humillado**, encontraremos la sanación que necesitamos. ¡Hagámoslo pues cuanto antes, para no dejar pasar a Cristo sin un fruto de sanación para nuestra vida!

Por otro lado, hoy de nuevo vemos que Jesús pide “callar” (aunque esta vez no a los demonios, como en los dos evangelios pasados, sino a un hombre de carne y hueso). Esto no debe pasar inadvertido. Las razones del Señor pueden haber sido muchas, y podríamos especular bastante al respecto, pero quedémonos con que tal vez aún no era el tiempo para que se le conociese tanto, porque quería poder moverse con mayor libertad entre la gente. Lo que importa, lo que siempre debe importar, es lo que nos llama a pensar, lo que nos llama a hacer o a dejar de hacer el mensaje del Evangelio hoy: ¿Estando siendo lo suficientemente prudentes con nuestra lengua...?

Hay que tener mucho cuidado con eso. La regla general nos dice, antes de hablar algo, de sacar tus propias conjeturas, muchas veces basadas en tus propios prejuicios, antes de contar lo que te dijeron, etcétera, asegúrate de que no harás quedar mal a nadie; no deshonrarás el buen nombre de nadie; no desprestigiarás a nadie...

El leproso no obedeció la recomendación de Jesús, sino que *“en cuanto se fue, empezó a hablar y a divulgar lo ocurrido”*. No nos corresponde a nosotros juzgar qué tan mal o bien estuvo, porque la verdad es que sólo poniéndose en sus circunstancias podríamos entenderlo. Él estaba tan feliz con lo que Cristo había hecho, que voló a contar a los cuatro vientos su testimonio.

Esto es lo que ahora nos exige la fe, que demos testimonio de Cristo, pues NO hay otro modo de convencer al hombre, para que se acerque a Dios, que mostrándole a través de nuestra vida el cambio positivo que Él ha hecho en nosotros.

Pidámosle al Señor que aumente nuestra fe, para que en los momentos difíciles, no dudemos de Su poder, y pidamos que, si es Su Voluntad, se cumpla en nosotros el milagro que necesitamos. Y si el milagro que pedimos no se cumple, no dudemos de que la Voluntad de Dios es otra, y ésta siempre será lo mejor para nosotros, aunque de momento no la podamos entender.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio **después de cada pregunta**, para permitir la reflexión de los hermanos)

- a) ¿Estoy consciente de que al estar en pecado me auto-excluyo de la gracia de Dios? ¿Comprendo de verdad lo que eso significa...?
- b) ¿Reconozco que la bondad y la misericordia de Dios son tan grandes, que basta mi confesión sacramental para ser

totalmente perdonado? ¿Con qué frecuencia estoy concurriendo al Sacramento de la Reconciliación? ¿Voy verdaderamente arrepentido de los males que haya podido hacer y del bien que no he hecho...?

c) Jesús es el único que puede sanarme en todo sentido, ¿Tengo la FE suficiente para pedírselo, igual que el leproso? ¿Acudo a Él con verdadera fe y humildad, para pedirle que me asista en todas mis necesidades...?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Como siempre, se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica:

Cánones: 309, 549, 2850, 2852, 1503 y 1504

309 Si Dios Padre Todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal? A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa, no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios, que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada, que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal.

549 Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre, de la injusticia, de la enfermedad y de la muerte, Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo, sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado, que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios, y causa de todas sus servidumbres humanas.

2850 La última petición a nuestro Padre (en el Padrenuestro) está también contenida en la oración de Jesús: “No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno” (Jn 17,15). Esta petición concierne a cada uno individualmente, pero siempre, quien ora, es el “nosotros”, en comunión con toda la Iglesia y para la salvación de toda la familia humana. La Oración del Señor no cesa de abrirnos a las dimensiones de la Economía de la salvación. Nuestra interdependencia en el drama del pecado y de la muerte se vuelve solidaridad en el Cuerpo de Cristo, en “comunión con los santos”.

2852 “Homicida desde el principio, mentiroso y padre de la mentira”, “Satanás, el seductor del mundo entero”, es aquél por medio del cual el pecado y la muerte entraron en el mundo y, por cuya definitiva derrota, toda la creación entera será “liberada del pecado y de la muerte”. “Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios le guarda y el Maligno no llega a tocarle. Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero yace en poder del Maligno” (1Jn 5,18-19): El Señor, que ha borrado vuestro pecado y perdonado vuestras faltas, también os protege y os guarda contra las astucias del diablo, que os combate para que el enemigo, que tiene la costumbre de engendrar la falta, no os sorprenda. Quien confía en Dios, no tema al demonio. “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rom 8,31) (S. Ambrosio, sacr. 5,30).

1503 La compasión de Cristo hacia los enfermos y sus numerosas curaciones de dolientes de toda clase son un signo maravilloso de que “Dios ha visitado a su pueblo” y de que el Reino de Dios está muy cerca. Jesús no tiene solamente poder para curar, sino también de perdonar los pecados: vino a curar al hombre entero, alma y cuerpo; es el médico que los enfermos necesitan. Su compasión hacia todos los que sufren llega hasta identificarse con ellos: “Estuve enfermo y me visitasteis”. Su amor de predilección para con los enfermos no ha cesado, a lo largo de los siglos, de suscitar la atención muy particular de los cristianos hacia todos los que sufren en su cuerpo y en su alma. Esta atención dio origen a infatigables esfuerzos por aliviar a los que sufren.

1504 A menudo, Jesús pide a los enfermos que crean. Se sirve de signos para curar: saliva e imposición de manos, barro y ablución. Los enfermos tratan de tocarlo, “pues salía de Él una fuerza que los curaba a todos”. Así, en los sacramentos, Cristo continúa “tocándonos”, para sanarnos.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM 6 El hombre nada puede sin Mí y es todo Conmigo. Yo He venido por ustedes. Para darles vida en abundancia; para que puedan alcanzar los frutos de Mi viña. Es Mi amor quien moldea y sostiene a los corazones más duros...

Hijita, di al hombre que no se esconda en su pecado. Yo Soy Misericordia y sabré limpiarlos cuando se vacíen al pie de la Cruz.

Hijos Míos, la cosecha es rica y los trabajadores son pocos. Reúnanse los verdaderos trabajadores y vengan a Mi viña, aquí está el campo en el cual deben trabajar.

Comprendan que el estado de independencia de sus almas no es la libertad que ustedes tienen: La libertad existe únicamente cuando el alma está en total dependencia de Dios. Ahí reside su fuerza y su poder. Allí estoy Yo, en las tranquilas profundidades de su alma, a la espera de que se den a sí mismos.

Esta libertad, únicamente se encuentra a través de la disciplina, de la obediencia a Mí. Busquen primero hacer Mi Voluntad cegándose al camino del mundo, negándose a sí mismos, para que Yo pueda limpiarlos, renovarlos. Entonces serán capaces de vivir en el mundo, libres, íntegros; en pureza de alma y de mente.

CA 111 No importa qué se da al enfermo, con tal que sea para su salud. Lo que importa es sanar. Yo los sano y tanto mejor cuanto más asimilan Mis cualidades. Pero el enfermo no puede permanecer inactivo, recibiendo la medicina; debe de alguna manera contribuir a la salud. Por lo tanto, Yo los dejo inactivos y quiero que Me ofrezcan su intención de hacerse sanar por Mí, médico y medicina. Yo curo, ustedes deben ser curados.

CA 154 Te lavaré los pies, aquellos pies que han pisado una senda resbaladiza y que ahora están heridos por los golpes contra las piedras. Yo los enjugaré, los sanaré, los besaré y tú quedarás sano, y ya no conocerás otra senda que la que conduce a Mí.

7.- Virtud del mes: Durante este mes de febrero, practicamos la virtud de la **pobreza espiritual** (Catecismo de la Iglesia Católica: 520—2544—2545—2546)

Esta Semana veremos el canon 2545, que dice lo siguiente:

2545 “Todos los cristianos... han de intentar orientar rectamente sus deseos, para que el uso de las cosas de este mundo y el apego a las riquezas, no les impidan, en contra del espíritu de pobreza evangélica, buscar el amor perfecto” (LG 42)

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM 109 El apego a las cosas es lo que transforma el ánimo del hombre, porque todas las cosas en sí son iguales. La excelencia en las cosas genera adulación de una parte y de otra complacencia, de manera que entre estas punzantes espadas, el hombre se debilita, se arrodilla y cae...

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Haré una hora de Adoración en reparación por mis culpas. Allí le pediré a Jesús, con toda mi fe, que me sane de ese pecado que repito con frecuencia, y del cual me cuesta tanto liberarme.

- **Con la virtud del mes:** Me esforzaré por considerar siempre todo (lo mucho o lo poco) que poseo, como regalos que Dios me hizo, para que pueda yo servir mejor a mis hermanos. Procuraré pues servirlos más, con alegría, con paz y con mucho amor.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*